



10 CUENTOS divertidos



para contar
en 1 minuto





10 CUENTOS divertidos



para contar
en 1 minuto



*Beascoa



10 CUENTOS divertidos



para contar
en 1 minuto



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Por qué los osos no tienen cola

Érase una vez un oso que vivía en un país donde hacía muchísimo frío. En aquel entonces, el oso presumía de tener una cola larga y peluda. Un buen día, salió a dar un paseo por el hielo y se encontró con un zorro. El muy fresco arrastraba una ristra de pescados que acababa de robarle a un pescador.



Al ver tanta comida junta, al oso se le hizo la boca agua.

—¿De dónde has sacado esos pescados, zorro?

El zorro mintió:

—Los he capturado yo mismo. He estado pescando en el hielo.

Y el oso preguntó:

—¿Me darías un par?

El zorro era muy tramposo y, como envidiaba la cola del oso, respondió:

—Pues no, no te puedo dar ninguno, pero haré algo mejor. Te enseñaré a pescar.

¿Qué te parece?

—¡Me parece genial! —exclamó el oso—. Me encantaría aprender a pescar.

—Pues te diré lo que tienes que hacer —dijo el zorro—. Para empezar, abre un

agujero en el hielo y hundí la cola. Notarás un frío tremendo, pero pronto te acostumbrarás. Por mucho que tirités, déjala donde está.

>>Luego empezará a dolerte —continuó el zorro—. Eso significa que los peces te están mordisqueando la cola. Tú quédate muy quieto para no ahuyentarlos.

>>Al cabo de un ratito, notarás un gran peso en el trasero —siguió diciendo el zorro—. Entonces pega un gran salto y sacarás la cola del agua con un montón de peces enganchados.

Así que el oso hizo un agujero en el hielo e introdujo la cola en el agua. ¡Qué fría estaba!

El animal se quedó muy quieto y, al rato, empezó a notar un fuerte dolor, igual que si le estuvieran clavando miles de agujitas en la cola.

—Son los peces —se dijo el oso—. ¡Han picado! Me voy a dar un festín de pescado.



Y no se movió.

Poco después notó un gran peso en el trasero. El oso no lo sabía, pero ningún pez había picado. Lo que notaba era el hielo, que se había vuelto a congelar alrededor de su cola.

—Ha llegado el momento de pegar un gran salto y coger el pescado —dijo el oso.

Y saltó con todas sus fuerzas para sacar la cola del agua helada. No sabía que la había dejado tanto rato hundida en el hielo que se le había congelado. Y cuando el oso saltó, ¡zas!, se arrancó la cola.

—¡Ay, ay, ay! —gritó.

Y este es el motivo de que el oso no tenga cola. Desde ese día, los osos y los zorros no se aguantan. ¡Son enemigos declarados!



El zorro y el cuervo

Un día, un cuervo pasó volando por delante de un zorro y se posó en la rama de un árbol. El zorro vio que el cuervo llevaba un trozo de queso en el pico.

—Ese queso será mío —prometió el zorro para sus adentros, y se acercó al árbol con aire inocente.



—Buenos días, señora Cuervo —saludó el zorro—. ¡Qué guapa está! Sus plumas parecen de seda y sus ojos brillan como estrellas.

El cuervo ladeó la cabeza para oír mejor. Le encantaban los halagos.

—Seguro que también tiene una voz preciosa —continuó el señor Zorro—. Sería el

animal más feliz del mundo si cantara para mí.

El cuervo levantó la cabeza y empezó a graznar a viva voz. Pero, tal y como el zorro esperaba, el queso cayó al suelo en cuanto abrió la boca.



¡Zas! El señor Zorro se lo zampó de un bocado.

—Muchas gracias —dijo el zorro, sonriendo de oreja a oreja—. Ya tengo lo que quería. Como agradecimiento por ese queso tan rico, le daré un consejo para la

próxima vez, señora Cuervo: no se fíe de los aduladores.

Y, dicho eso, el señor Zorro se alejó relamiéndose el morro con satisfacción.

El hermano conejo y el niño de alquitrán

El hermano conejo y el hermano zorro eran grandes enemigos. El hermano zorro había empleado toda clase de trucos para atrapar al conejo, pero el otro era tan astuto que siempre escapaba.

Un buen día, el hermano zorro ideó un nuevo plan para cazar al hermano conejo. Construyó una figura de alquitrán en forma de niño y la dejó sentada junto al camino. Al cabo de un ratito, el hermano conejo llegó brincando y se paró delante del niño.

—Buenos días —le dijo, feliz y contento.

El niño de alquitrán no respondió.



—Buenos días —repitió el hermano conejo, mosqueado.

El niño de alquitrán no dijo ni pío.

—¿Es que no te han enseñado educación? —lo regañó el hermano conejo.

El niño de alquitrán siguió callado. El otro estaba tan enfadado que le propinó un manotazo. Pero en cuanto tocó el alquitrán, la mano se le quedó pegada! Estiró y estiró, pero no podía separarla. ¿Y qué hizo el hermano conejo? Pues ayudarse con la otra mano, que siguió la misma suerte. Y, entonces, el hermano conejo apoyó las patas traseras en el niño de alquitrán para despegarse de una buena patada. ¿Y qué pasó? Que se le quedaron pegadas también. Así que el hermano conejo se quedó abrazado al niño de alquitrán hasta que el hermano zorro se acercó tan pancho.

—¡Por fin te tengo, hermano conejo! —exclamó el zorro—. A ver, a ver... ¿Qué voy a hacer contigo?

—Te lo suplico —rogó el hermano conejo—, haz lo que te parezca, pero no me lances al zarzal.



Mientras decía eso, el conejo señalaba un enorme zarzal de moras que había allí cerca.

—Puede que te tire al río —amenazó el hermano zorro.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió el hermano conejo—, pero, por favor, no me lances al zarzal.

—¿O mejor te encierro en una jaula? —siguió cavilando el zorro.

—Sí, sí, lo que tú digas —replicó el hermano conejo—, pero, por lo que más quieras, no me tires al zarzal.

Como era de esperar, el hermano zorro quería fastidiar a su enemigo a toda costa. Así que agarró al hermano conejo por las orejas, lo despegó del niño de alquitrán, lo levantó cuanto pudo y lo tiró al zarzal.



Sonriendo, el hermano zorro dio media vuelta y echó a andar hacia su casa muy satisfecho. De repente, oyó la vocecilla del hermano conejo, que canturreaba contento.

Sorprendido, el hermano zorro asomó la cabeza entre las ramas del zarzal. Y vio cómo el hermano conejo se limpiaba el alquitrán de las manos y los pies sin dejar de cantar:

—¡Nací en un zarzal y las espinas son mi hogar! ¡Nací en un zarzal y las espinas son mi hogar!

El hermano zorro no tuvo más remedio que marcharse a casa enfurruñado. ¡Una vez más, el hermano conejo lo había engañado!

El tigre, la liebre y el chacal

Hace mucho, mucho tiempo, un tigre cayó en una trampa. Intentó meter el corpachón entre los barrotes, pero era demasiado ancho. Mientras empujaba la puerta y sacudía la jaula, una liebre pasó por allí.

—¡Sácame de aquí! —pidió el tigre.

—Ni lo sueñes, amigo —respondió la liebre—. Si te saco, me comerás.

—No lo haré —prometió el tigre—. Seré tu amigo por siempre jamás.

El tigre lloró, gritó, gimió y suplicó. Tanto insistió que al final la liebre abrió la puerta de la jaula.

El tigre salió de un gran salto y atrapó a la pobre liebre entre sus zarpas.

—¡Pero mira que eres boba! —le dijo—. ¡Llevo tanto rato encerrado que ahora estoy muerto de hambre!



—¡Por favor, no me comas! —rogó la liebre—. ¡Lo has prometido! Además, te he rescatado. Nadie se merienda a su rescatador.

—Me importa un comino —fue la respuesta del tigre—. Prepárate, porque te voy a devorar igualmente.

En ese momento llegó un chacal.

—¿Qué le pasa, señora liebre? Parece usted más apurada que un pez fuera del agua.

La pobre liebre le contó al chacal la situación.

El chacal era muy listo, pero se hacía el despistado cuando le convenía. Y eso fue lo que hizo en ese momento.

—No entiendo nada de nada —dijo—. ¿Le importaría explicármelo otra vez? ¿Quién se quiere comer a quién?

Esta vez fue el tigre quien explicó la historia. Pero el chacal negó con la cabeza, como si estuviera muy confundido.

—Es muy raro —se lamentó—, pero todo eso que me cuentan me entra por una oreja y me sale por la otra.



—Pero si es muy sencillo —protestó el tigre—. ¿Cómo es posible que no lo entienda?

—Uf, me da vueltas la cabeza —exclamó el chacal, retorciéndose las patas—. Vamos a ver. Si he comprendido bien, la liebre estaba en la jaula y entonces ha llegado el tigre y...

—¡No! —lo interrumpió el tigre—. ¡Pero qué bobo es usted! Si no lo entiende, me lo tendré que zampar también. ¡El que estaba en la jaula era yo! ¡Yo!

—¡Claro, claro! —exclamó el chacal, que ahora fingía temblar de miedo—. Yo estaba en la jaula y entonces... Ay, no, yo no. ¡Uf, qué lío! A ver si me acuerdo. El tigre estaba en la liebre y entonces ha llegado una jaula y... No, no era así. Bueno, no se preocupen. Ustedes a lo suyo, porque yo nunca lo voy a entender.

—¡Pues claro que lo entenderá! —replicó el tigre, que se estaba enfadando con ese

chacal tan duro de mollera—. ¡Yo se lo explicaré! Mire, yo soy el tigre...

—¡Sí! —dijo el chacal.

—Y esta es la liebre...

—¡Claro!

—Y aquí está la jaula...

—¡Muy bien!

—Y yo estaba dentro de la jaula. ¿Lo entiende? —repitió el tigre.

—¡Sí! Bueno, no. Es que...

—¿Qué? —preguntó el tigre, cada vez más impaciente.

—¿Cómo ha entrado en la jaula?

—¿Cómo? Pues como entraría cualquiera —respondió el tigre.

—¡Ay, madre! Qué historia tan complicada —dijo el chacal—. Por favor, no se enfade, pero ¿cómo suele entrar uno en una jaula?

El tigre perdió la paciencia. Saltó al interior de la jaula y gritó:

—¡Así! ¡Así he entrado en la jaula! ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente —sonrió el chacal y cerró la puerta a toda prisa—. Y me parece que se va a quedar ahí dentro.

>>Vamos, señora liebre —continuó—. Dejemos al tigre encerrado y venga conmigo a dar un paseo. Les diremos a todos los animales de la selva que no lo dejen salir.

Y la liebre y el chacal se marcharon tan tranquilos, mientras el tigre rugía furioso en el interior de la jaula.



Sopa de Piedras

Había una vez tres soldados que volvían a casa después de luchar en la guerra. Estaban hambrientos y muy cansados cuando llegaron a un pueblecito.



Los vecinos del pueblo pasaban hambre y estaban hartos de compartir su comida con mendigos y visitantes. Al ver que llegaban los tres soldados, escondieron a toda prisa los pocos alimentos que tenían en los armarios de la cocina.

Luego corrieron a la plaza del pueblo a recibir a los tres hombres. Para disimular, se apretaban la barriga quejándose del hambre que tenían.

El primer soldado les dijo a los vecinos:

—Ya sabemos que sois pobres y que no tenéis comida para darnos. Así que compartiremos con vosotros lo único que nos queda: el secreto de la sopa de piedras.

De golpe y porrazo, las gentes del pueblo dejaron de apretarse la barriga para escuchar con interés. ¡Qué maravilla, si fuera posible hacer una sopa con piedras!

—La sopa de piedras es la más deliciosa del mundo —afirmaron los soldados—. Y os vamos a enseñar a prepararla.

Los soldados encendieron una hoguera en la plaza y pidieron prestado un caldero.

Los vecinos les llevaron el más grande que tenían.

Rodeados de curiosos, los soldados llenaron el caldero de agua y añadieron tres pedruscos.

—Ahora los dejaremos cocer un buen rato. Ya veréis qué sopa más rica —explicó el segundo soldado—. Aunque si tuviéramos una pizca de sal y una ramita de perejil, estaría de rechupete.

Una vecina exclamó a toda prisa.

—¡Acabo de recordar que tengo un poco de sal y perejil en casa!

Corrió al armario de su cocina y regresó con un montoncito de sal, una gran rama de perejil y un nabo.

—¿Le pueden añadir esto también? —preguntó.

—¡Claro que sí! —dijo el tercer soldado—. La sopa de piedra queda riquísima con nabos. Y los puerros le dan muy buen sabor también. Y las zanahorias.

—Yo los traeré —se ofreció otro vecino, y se marchó a toda prisa. Estaba muy emocionado ante la idea de probar esa sopa tan deliciosa.

Pronto, todos los vecinos del pueblo llegaban a la plaza cargados de comida. Algunos llevaban cebollas, otros traían manojos de hierbas frescas. Un hombre ofreció un trozo de ternera y una mujer añadió un poco de crema. De repente, todo el mundo quería colaborar. Unos hombres empujaron un tonel de vino hasta la plaza del pueblo para acompañar la sopa.

Mientras tanto, los soldados removían el caldo y fingían que el sabor de la sopa iba mejorando gracias a los ingredientes que aportaban los vecinos.



—Casi hemos terminado —dijeron por fin. Y sacaron las piedras del caldero—. Las piedras ya han dejado su jugo en la sopa —explicaron—. Podéis guardarlas para la próxima vez.

Poco después, el pueblo al completo compartía una sopa deliciosa, atiborrada de sabrosas verduras.

Los vecinos del pueblo no se lo podían creer.

—¡Qué rica está la sopa! —exclamaban—. ¡Y bastan tres pedruscos de nada para prepararla!

Nadie se preguntó si el sabor de la sopa no tendría algo que ver con las cosas que habían ido añadiendo.

Comieron, bailaron y cantaron hasta bien avanzada la noche. Los vecinos del pueblo ni se acordaban de cuándo fue la última vez que se habían divertido tanto.



Eran las tantas de la madrugada cuando se retiraron por fin a descansar. Ofrecieron a los soldados las camas más cómodas de las mejores habitaciones de sus casas.

Cuando los soldados se levantaron, el pueblo al completo los estaba esperando. Les habían preparado una bolsa con hogazas de pan, quesos y unas cuantas botellas de vino.

—Nos habéis hecho el mejor de los regalos: el secreto de la sopa de piedras —les dijo un vecino—. Nunca lo olvidaremos.

Volviéndose a mirar a la multitud, el tercer soldado confesó:

—Os hemos dado tres piedras de nada, es verdad, pero os revelaré el verdadero secreto de la sopa. Solo compartiendo lo que se tiene es posible celebrar un festín por todo lo alto.

Dicho eso, los soldados se alejaron por el camino. Y los vecinos observaron su marcha patidifusos pero muy pensativos.

Penélope, la mujer que esperaba

Penélope y su marido, el rey Ulises, se querían muchísimo. Vivían felices y contentos en su precioso palacio, construido en lo alto de un monte con vistas al mar. Una de las patas de su cama estaba tallada en un olivo de verdad y el comedor no tenía techo porque les gustaba mirar las estrellas mientras comían. Les encantaba pasear por los huertos y jardines que rodeaban el palacio.



Un día, el rey Ulises tuvo que marcharse a la guerra.

—Espérame —le pidió a Penélope—. Espérame, porque volveré.

Penélope le prometió esperar por mucho tiempo que tardara.

Así que esperó y esperó. Pasaron cinco años, luego diez. Nadie sabía si Ulises seguía vivo. Muchos soldados volvieron a casa, pero Ulises no regresaba.

Penélope estaba segura de que su marido se reuniría con ella antes o después, pero otros no lo tenían tan claro. Un día sí y otro también, los caballeros del reino acudían a visitarla.

—El país necesita un rey —decían—. Está claro que Ulises se ha marchado para siempre. Debes volver a casarte. Escoge a aquel de nosotros que te guste más y gobernaremos juntos.

—¡No! Le prometí a Ulises que lo esperaría —respondía Penélope—. No quiero a ningún otro y sé que algún día regresará.

Pasados algunos años más, los hombres se hartaron de esperar.

—O te casas con uno de nosotros o te quitaremos el palacio y te echaremos a la calle.

Pobre Penélope. ¿Qué podía hacer? Por suerte, era una reina muy, muy inteligente.

—Muy bien —accedió—. Escogeré de entre vosotros a mi futuro marido. Pero antes tengo que terminar mi labor. No puedo dejarla a medias. Si me caso no tendré tiempo para tejer. En cuanto esté acabada, elegiré.

A los hombres del reino les pareció bien el trato.

Así que cada día Penélope tejía un paño. Y cada noche, cuando nadie la veía, lo deshacía y volvía a empezar.



—¿Aún no has terminado? —le preguntaban los hombres, y ella siempre respondía:

—Todavía no, pero ya falta poco. Por favor, tened paciencia. No queráis casaros con alguien que deja el trabajo a medias, ¿verdad?

Pasados veinte años más, Ulises regresó a casa por fin. Estaba cansado y había

envejecido mucho. Se presentó en el palacio vestido como un humilde pastor. Penélope lo encontró tan cambiado que dudó. ¿Sería aquel hombre su verdadero amor? Otros antes que él se habían hecho pasar por Ulises para arrebatarse el trono. Así que Penélope lo puso a prueba.



—Bienvenido —le dijo—. Les pediré a los criados que lleven la cama al patio para que puedas descansar al sol.

Ulises no cayó en la trampa.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —preguntó—. Una de las patas de nuestra cama está tallada en un olivo de verdad. No se puede mover.

—¡Ulises! —exclamó Penélope, riendo de felicidad—. ¡Eres tú! Llevo una eternidad esperándote.

Ulises expulsó de su reino a todos aquellos que habían intentado casarse con Penélope. Y gracias al inteligente truco de su fiel esposa, vivieron felices por siempre jamás.

La veloz Atalanta

Había una vez, en una época en que la gente creía en muchos dioses y diosas distintos, una princesa llamada Atalanta que vivía en la antigua Grecia. Atalanta no era la típica princesa de los cuentos, sino una joven fuerte y deportista, la más veloz montando a caballo.



También corría de acá para allá disparando flechas con su arco. Sabía pescar y cazar e incluso era capaz de atrapar un jabalí.

Como era tan fuerte y valiente, muchos hombres se enamoraban de ella, pero Atalanta no quería casarse. Le gustaba su vida tal como era.

Un día, los padres de Atalanta hablaron muy en serio con su hija.

—Atalanta, eres una princesa y ya va siendo hora de que te cases. No puedes aplazarlo más tiempo. ¿No conoces algún joven que te guste un poquitín?

—Ninguno —respondió Atalanta.

—Tienes que escoger esposo —insistieron sus padres.

—Bueno, en ese caso —dijo la princesa— tendré que elegir a alguien que tenga los mismos gustos que yo. Así que me casaré con aquel que sea capaz de ganarme en una carrera.

Fue una respuesta muy inteligente por su parte, porque no había nadie en el reino tan rápido como ella.

El rey anunció que aquel que fuera capaz de vencer a Atalanta en una carrera se casaría con ella. Muchos príncipes y jóvenes caballeros aceptaron el desafío, así que el rey mandó construir una pista larga y lisa.

Cada vez que un muchacho pedía la mano de la princesa, las gentes de los alrededores acudían a presenciar la carrera. Y en todas las ocasiones Atalanta tomaba la delantera mientras el pobre aspirante corría con la lengua fuera sin poder alcanzarla. Atalanta siempre ganaba con facilidad. Ni siquiera se despeinaba.



Cierto joven, que estaba loco por Atalanta, decidió que quería casarse con ella a

toda costa. Se llamaba Hipómenes y también era muy veloz. Pero había visto correr a Atalanta y sabía que no podría vencerla por mucho que se entrenara.

Así que Hipómenes decidió visitar a la diosa griega del amor para pedirle que la ayudara a conseguir la mano de Atalanta. La diosa le entregó a Hipómenes tres hermosas manzanas doradas.

—Tíralas al suelo durante la carrera —le sugirió— a ver qué pasa.

Hipómenes guardó las manzanas en una bolsa y se ofreció a competir con la princesa. Cuando el joven se acercó a la línea de salida, Atalanta sonrió. Hipómenes le gustaba y pensó que no le importaría casarse con él, pero quería ganar la carrera igualmente.

—¡Ya! —gritó el juez, y los dos corredores salieron disparados como flechas. Atalanta enseguida tomó la delantera. Cuando se volvió a mirar, descubrió que Hipómenes la seguía de cerca.

En ese momento, el joven sacó una de las manzanas doradas y la lanzó delante de Atalanta. La fruta brilló cuando la rozaron los rayos del sol. Parecía una manzana de verdad, solo que mucho más hermosa.

Atalanta se detuvo, se agachó a recoger la fruta y la miró con curiosidad. ¡Cómo pesaba! ¡Y qué forma tan perfecta! Era una de las cosas más maravillosas que había visto jamás, pensó la princesa.

De repente, se acordó de la carrera. Hipómenes casi la había alcanzado. Atalanta se guardó la manzana en el bolsillo de la túnica y echó a correr otra vez.



Hipómenes le pisaba los talones a Atalanta cuando lanzó la segunda manzana. La

princesa, que no quería dejar algo tan precioso tirado en el suelo, se agachó a recogerla. Lo hizo en un periquete, pero Hipómenes aprovechó para ganar terreno.

Atalanta se guardó la segunda manzana en el bolsillo junto con la primera. Ahora oía las pisadas de Hipómenes muy cerca.

Hipómenes lanzó la tercera y última manzana. Esta vez, la fruta rodó hacia un lado y Atalanta tuvo que desviarse para ir a buscarla, aunque sabía que no era buena idea.

Mientras la princesa se agachaba para recoger la fruta dorada, Hipómenes la adelantó. Ella lo persiguió tan deprisa como sus piernas le permitieron, pero el joven estaba llegando a la meta y no pudo alcanzarlo.

Casi sin respiración, Hipómenes cruzó la línea de llegada un paso por delante de la princesa. ¡Había ganado la carrera!



Hipómenes se quedó allí, jadeando con fuerza y mirando a Atalanta con timidez. Sonriendo, ella le devolvió la mirada.

El muchacho había recurrido a un truco para vencerla, pero a Atalanta le encantaban las manzanas doradas y también Hipómenes. Puede que, al final, casarse con él no fuera tan mala idea, pensó la princesa.

El cuento de nunca acabar

Había una vez un poderoso rey que se pasaba todo el día sin hacer nada más que rascarse la barriga. Un día sí y otro también, se sentaba sobre un montón de almohadones y pedía que le contaran un cuento. Le traía sin cuidado el tema de las historias o lo largas que fueran; él nunca se cansaba de oírlas. Le encantaban los cuentos y ya está.

—La historia que me has contado solo tenía un defecto —solía decir—. Era demasiado corta. Justo cuando se ponía interesante, ha llegado a su fin. Ojalá hubiera sido más larga.

Invitaba a su palacio a todos los cuentacuentos del mundo. Y algunos relataban historias verdaderamente largas. Pero el rey siempre se quedaba muy triste cuando terminaban.

Al final, el monarca ofreció una recompensa a aquel que pudiera contarle una historia sin fin. Anunció:

—Concederé la mano de mi hija a aquel que sea capaz de narrarme el cuento de nunca acabar. Y, además, el afortunado heredará el trono cuando yo muera.

La hija del rey era muy hermosa, así que muchos hombres viajaron al palacio del rey para contarle historias interminables. Pero todos fracasaban.

Hasta que, cierto día, apareció un forastero y pidió ser conducido ante el rey.

—Majestad —dijo—, ¿es verdad

que ofrecéis una recompensa al hombre que os relate un cuento de nunca acabar?

—Es verdad —asintió el rey.

—Muy bien —continuó el forastero—, pues conozco una bonita historia sobre langostas. Si os parece bien, os la contaré.

—¡Langostas! —exclamó el rey—. Nunca me han relatado un cuento sobre langostas. Habla y te escucharé.

Así pues, el hombre dio comienzo a su relato.



—Érase una vez un rey que vivía en una tierra rica y fértil. El monarca recogió todo el trigo del país y lo guardó en un enorme granero para mantenerlo a salvo de los elementos. Pero entonces una enorme plaga de langostas azotó el reino. Los bichos encontraron un agujerito en la puerta del granero, tan pequeño que solo cabía una langosta.

>>Así que una langosta entró y se llevó un grano de trigo. Y luego la siguió otra, que robó otro grano de trigo. Y entonces entró otra langosta y también se llevó un grano de trigo...

Día tras día, semana tras semana, el forastero seguía contando y venga a contar:

Y entonces apareció otra langosta y se llevó otro grano de trigo...

—y entonces apareció otra langosta y se llevó otro grano de trigo.



Transcurrió un mes. Transcurrió un año. Al cabo de dos años enteros, el rey preguntó:

preguntas.

—¿Cuánto tiempo más van a seguir las langostas entrando en el granero y robando granos de trigo?

—Uf, majestad —respondió el cuentacuentos—, de momento solo han retirado un puñado. Hay tropecientos mil puñados de trigo en el granero.

—¡No me digas! —se lamentó el rey—. Tu cuento me está volviendo loco. No quiero oír ni una palabra más. ¡Cásate con mi hija y gobierna mi reino, pero no quiero oír ni una palabra más de esas horribles langostas!

Así pues, el cuentacuentos se casó con la hija del rey. Y vivió feliz y contento durante muchos, muchos años.

El rey, por su parte, ya no quiso escuchar nunca más historias demasiado largas. Con un cuento bien cortito se conformaba.



El Zorro y la cigüeña

Había una vez un zorro y una cigüeña que eran muy buenos amigos. Como se llevaban tan bien, Zorro invitó a Cigüeña a cenar.

Para gastarle una broma, Zorro sirvió una sopa deliciosa en dos platos llanos y nada más. Zorro la lamió fácilmente con su lengua rosada, pero Cigüeña solo pudo mojar la punta del largo pico. Así que Zorro se tomó toda la sopa y Cigüeña se quedó sin nada.



Abandonó la mesa tan hambrienta como cuando había llegado.

—Lo siento mucho —se lamentó Zorro—. Parece ser que no te ha gustado la sopa.

Y rio para sus adentros.

—Ah, no pasa nada —respondió Cigüeña—. Para darte las gracias, te invito a cenar a mi casa.

Así que quedaron en verse al cabo de unos días, y Cigüeña preparó también una sopa para chuparse los dedos. Pero esta vez la sirvió en unas jarras muy altas y estrechas. Hundiendo su largo pico en la jarra, Cigüeña se bebió toda la sopa. Zorro, en cambio, no pudo hundir el morro y tuvo que conformarse con lamer los bordes de la jarra.



—No me voy a disculpar por la cena —dijo Cigüeña—. Después de todo, no he hecho nada más que devolverte tu jugarreta. Donde las dan las toman.

El traje nuevo del emperador

Había una vez, hace mucho tiempo, un emperador tan presumido que gastaba todo su dinero en ropa.

Un buen día, dos forasteros llegaron a la ciudad afirmando que podían fabricar el tejido más precioso del mundo entero. Por si fuera poco, las prendas que confeccionaban con ese tejido eran mágicas. Solo las personas listas y sabias podían verlas. En cambio, eran invisibles a ojos de los necios.

—Tengo que conseguir como sea un traje confeccionado con ese tejido tan maravilloso —decidió el emperador. Y pagó a los sastres para que lo cosieran.

Los hombres pidieron finísimas sedas y el hilo de oro más delicado... ¡pero no usaron ninguna de las dos cosas! No, se lo guardaron todo en las alforjas con la intención de venderlo cuando pudieran.



Pero ellos se quedaron en el taller, fingiendo que trabajaban muy concentrados. Pasados unos días, el emperador empezó a preguntarse qué aspecto tendría su traje mágico, así que envió a su primer ministro a echar un vistazo.

El ministro pidió a los dos sastres que le enseñaran sus avances y los dos bribones, extendiendo las manos vacías, le preguntaron qué opinaba de la tela.

«¡Ay, madre!», pensó el primer ministro. «No veo nada de nada. ¿Significa eso que soy un necio? Por si acaso, fingiré que me encanta».

Y eso hizo.

—¡Oh, es maravillosa! ¡Y qué colores! Sí, le diré al emperador que el traje está quedando precioso.

Los tramposos pidieron más dinero, más seda y más oro para la fabricación de la tela. Y luego se lo guardaron todo.

La ciudad al completo hablaba del magnífico traje. El emperador, que nunca salió

La ciudad al completo hablaba del magnífico traje. El emperador, que ya no cabía en sí de la impaciencia, pidió ver las prendas en persona.

Los dos bribones extendieron las manos vacías fingiendo que le mostraban el abrigo y los pantalones. Señalaron los exquisitos detalles: los preciosos botones, el delicado encaje, los bordados dorados de la capa.



«¡Oh, no!», pensó el emperador. «No veo nada de nada. Qué horror. ¿Seré un necio? Es mi peor pesadilla hecha realidad».

Y, como la corte al completo estaba allí sonriendo y elogiando las prendas, el emperador no se atrevió a reconocer que no las veía. La verdad es que todos estaban en la misma situación, pero nadie quería pasar por necio, así que fingían admirarlas.

—Oh, son maravillosas —dijo el emperador—. Las estrenaré en el gran desfile de mañana.

Al día siguiente, el emperador se desnudó. Los tramposos fingieron que le ponían su nuevo traje.

—¡Le queda de maravilla! —exclamaban los consejeros reales—. ¡Qué tejido! ¡Qué colores!

El emperador echó a andar con su comitiva. A su paso, las gentes exclamaban:

—¡Mirad el traje nuevo del emperador! ¡Qué maravilla!

Nadie quería reconocer que no lo veía

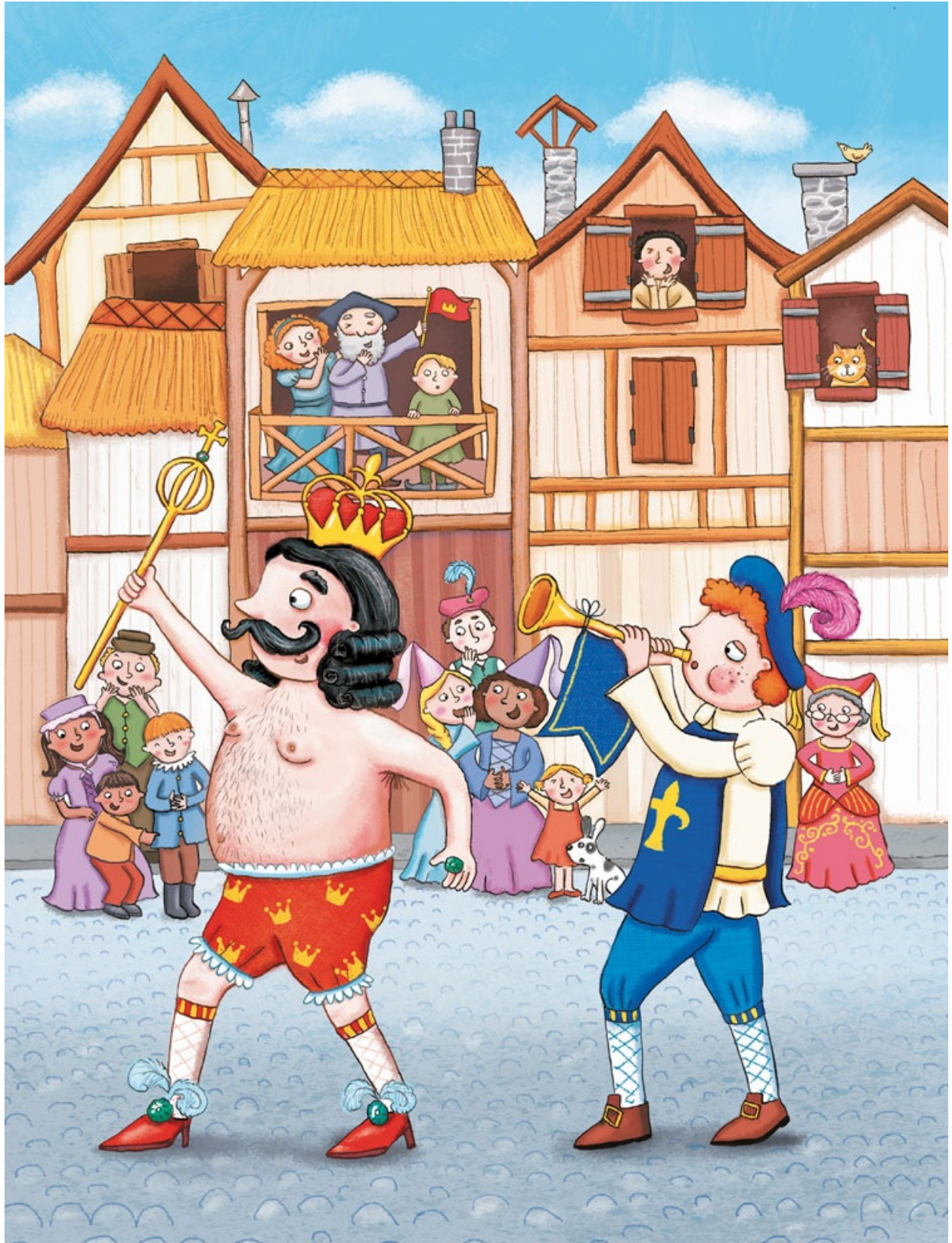
nadie quería reconocer que no lo era.

—¡Pero si va desnudo! —exclamó un chiquillo por fin. El padre del niño miró a su hijo muy pensativo y, pensando que tenía razón, susurró algo al oído de su vecino.

Y el vecino se lo dijo a un amigo, y se fue corriendo la voz. Pronto, el pueblo entero se estaba partiendo de risa.

—¡El emperador va desnudo! —gritaban. Y, por fin, el necio del emperador comprendió que lo habían engañado.

Aunque a esas alturas hacía ya mucho rato que los dos bribones se habían largado a escondidas del pueblo.



Agradecimientos

Advocate Art

Kate Daubney Sopa de piedras, El traje nuevo del emperador

Lizzie Walkley El hermano conejo y el niño de alquitrán, El zorro y la cigüeña

Pickled Ink

Marie Simpson El zorro y el cuervo, El cuento de nunca acabar

Plum Pudding Illustration

Erica Jane Waters La veloz Atalanta

Alessandra Psacharopulo El tigre, la liebre y el chacal

Victoria Taylor Por qué los osos no tienen cola, Penélope, la mujer que esperaba

Por las ilustraciones de Marie Simpson: © Marie Simpson 2016 Todas las demás ilustraciones: © Miles Kelly Publishing
2016

Este es el cuento perfecto para llevar a todas partes. Dentro hay diez cuentos muy divertidos y muy cortitos. Los puedes leer en un minuto, que es lo que tú tardas en comerte una galleta, ponerte el pijama o quedarte dormido.

*Érase una vez un zorro muy astuto
y una cigüeña muy lista...
Éranse una vez tres soldados muy ingeniosos
y una reina muy sabia: Penélope...*



Estos y muchos más personajes son los protagonistas de estos 10 cuentos muy breves llenos de trucos y triquiñuelas ingeniosas. Tan breves que se pueden contar mientras esperas el autobús para ir al cole. Tan breves que se pueden leer en la consulta del médico antes de que te llamen para entrar. Tan breves que se pueden escuchar mientras, poco a poco, se te van cerrando los ojos y te quedas dormido por la noche.

Título original: *My First Book of Bedtime Stories (Tricks and Teases)*

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Miles Kelly Publishing Ltd 2016

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Victoria Simó Perales, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-488-5046-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

10 cuentos divertidos para contar en 1 minuto

Por qué los osos no tienen cola

El zorro y el cuervo

El hermano conejo y el niño de alquitrán

El tigre, la liebre y el chacal

Sopa de piedras

Penélope, la mujer que esperaba

La veloz Atalanta

El cuento de nunca acabar

El zorro y la cigüeña

El traje nuevo del emperador

Agradecimientos

Sobre este libro

Créditos